



La Novela Frívola Cinematográfica

Publicación semanal de películas frívolas

Año I Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE N.º 15

BROADWAY FEVER
1929

¡Era tan bonita!

Interesante asunto, interpretado por
Sally O'Neill y Roland Drew

EXCLUSIVA DE

Importaciones Cinematográficas

Aragón, 252

BARCELONA

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Postal obsequio: SHARON LYNN



¡Era tan bonita!

Argumento de la película

I

En Broadway, la gran arteria neoyorquina donde la vida late intensamente, la fragua donde se forja el renombre de las estrellas y astros del teatro y del cabaret, está con el éxito el fracaso y con la felicidad la desventura.

Una de estas desilusiones, uno de estos fracasos es Flora Lesson.

Llegó a Broadway cargada de ilusiones, cegada por el brillo de las estrellas famosas, y se encontró con que no era sólo Arte lo que se necesitaba para triunfar en aquel espléndido escenario mundial, sino también suerte, oportunidad.

En vano recorrió las administraciones de los teatros, en vano penetró en las oficinas de los cabarets, en vano visitó a los directores de las agencias, en vano habló con los autores famosos.

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

—¿Quién es usted?—le preguntaban.

—Flora Lesson.

Y los autores, los empresarios, los agentes se encogían de hombros.

—No conocemos ese nombre.

Y le volvían la espalda.

Flora regresaba indefectiblemente al cuarto en que se hospedaba, con el corazón triste y la cabeza abatida. Sus recursos llegaron a terminarse. Nada tenía, nada podría pagar.

Un día la detuvo la patrona.

—Yo no soy una patrona intransigente, Flora, pero comprenda que no puedo pagar los alquileres si no cobro de ustedes.

—Lo comprendo. Tiene usted mucha razón. Habré de dejar el cuarto.

—Usted ve que como actriz, no va a ninguna parte. ¿Por qué no se busca un empleo más positivo?

Y fué en busca de un periódico y se lo entregó a Flora.

—Tenga usted este periódico. Aquí vienen muchos anuncios ofreciendo empleos. Acaso encuentre usted algo que le convenga.

Flora se retiró a su cuarto y leyó uno a uno todos los anuncios de la sección de demandas.

Uno de ellos le llamó la atención.

“Se necesita muchacha para doncella. Poca familia y buen salario. Gramercy Park, 30.”

Aquello le convenía. Decidió ir a ofrecerse.

* * *

A la mañana siguiente, Flora se presentó en el número 36 de Gramercy Park.

Salió a abrirle el mayordomo.

—¿Qué desea usted?

—Leí el anuncio de ustedes en el periódico y vengo a ofrecerme como doncella.

El mayordomo, que era irlandés, se quedó mirándola fijamente.

—Usted tiene cara de irlandesa.

—No, señor, soy huérfana de padre.

—Bien, bien. Nada cuesta probarla. Su aspecto es bueno. Veremos si su comportamiento es bueno también. La tomaré un mes a prueba.

Iba Flora a dar las gracias, cuando oyó detrás de una puerta que daba al vestíbulo una voz que decía con entonación aterradora:

—¡Te he de matar, mal hombre!

Flora dió un salto y el mayordomo se echó a reír.

—No temas, muchacha. Es que el señor Byron está pasando el papel a su primera actriz.

Flora quedó estupefacta.

—¿Enrique Byron, el gran autor?

—Sí, muchacha. ¿Le conoces?

—Más de cien veces he hecho que le pasaran mi tarjeta, pero siempre en vano.

Muy contenta de la coincidencia, con la esperanza de sacar producto de sus servicios en casa del gran autor, Flora se dejó conducir a su cuarto por el mayordomo, se vistió el uniforme de doncella, se compuso ante el espejo más de lo que a una doncella correspondía y comenzó para su madre la siguiente carta:

“Mi querida mamá:

Mis sueños empiezan a realizarse. Enrique Byron, uno de los más famosos autores actuales, me ha dado un papel. Es un papel de doncella

simplemente, pero tengo esperanza de que pronto haré uno de ama de casa."

II

Enrique Byron, además de un gran autor, era uno de esos hombres que parecen haber nacido para tormento de las mujeres. En su descuidado vestir había una natural elegancia, un algo de espiritualidad que no depende del traje, sino del que lo lleva.

Era joven. Su cabello negro siempre bien peinado, tenía brillantes ondulaciones, que eran como un espejuelo para fascinar al elemento femenino. Bajo su nariz recta, un bigotillo negro agraciaba la tez morena y varonil.

Las protagonistas de las comedias de Byron, no son las mejores artistas, sino las mejores mujeres. A cada nueva obra surgía una legión de estrellas que se ofrecían al gran autor. Enrique Byron las aceptaba y las probaba y siempre acababa por admitir a una de esas maravillas que tienen varios premios de concursos de belleza y que salen en las revistas con tan poco arte como ropa.

La que obtenía la plaza de actriz obtenía más tarde la de dueña del corazón del autor famoso.

Ahora Enrique Byron tenía terminado un drama titulado "Cenizas de Pasión", cuyos ensayos iban a comenzar en la ciudad de Oakland.

El papel de primera actriz había correspondido a Lucía Leroy, una rubia gentilísima, que si bien no había conseguido llegar hasta los

escenarios de los teatros, había logrado introducirse en los aposentos de empresarios y autores.

Esta era la actriz que ensayaba con el famoso autor cuando Flora penetró en casa de Enrique Byron.



Esta era la actriz que ensayaba con el famoso autor...

Esta era la artista en que, por razones que el lector verá más adelante, Flora vió desde el principio una rival.

* * *

Con el plumero en la mano, cadencioso el paso, lánguido el mirar, Flora iba de un lado a otro, quitando el polvo de los muebles, y de-

clamando trozos de obras conocidas, cuando al limpiar una estantería de libros sus ojos se posaron sobre un título: "Romeo y Julieta".

Se apoderó del tomo y comenzó a leer y a declamar con tanto calor como si estuviera en un escenario.

"Créeme, amado, fué el ruisenor y no la alondra. Adiós, Adios... Un beso y descenderé."

Enrique Byron, que en aquel momento bajaba, se detuvo muy asombrado en medio de la escalera. ¿De dónde querría descender aquella desdichada?

Bajó hasta el pie de la escalera y dijo con sorna:

—Oye, Sara Bernhardt, dame el sombrero.

Flora, muy turbada, se apresuró a obedecer, y, cuando Enrique Byron salió de la casa, se asomó a la ventana y allí estuvo, viéndole marchar, hasta que hubo desaparecido.

¡Qué buen tipo tenía Enrique Byron! ¡Si como autor era admirable, como hombre resultaba arrebatador!

Flora era una muchacha soñadora y llena de ambiciones. Su fantasía recorría a vertiginosa velocidad las regiones del ensueño. Le bastaba haber visto una vez la tarde anterior a Enrique Byron para sentir hacia él algo más que el respeto que una sirvienta debe profesar a su señor. Y le bastaba haberlo visto ahora, para que aquella inclinación se convirtiera en viva simpatía, mejor aún, en amor arrebatado.

La segunda noche de su estancia en casa de Enrique Byron no la dedicó a escribir a su madre, sino a contemplar el retrato del autor.

¡Triste e imposible amor el suyo! ¡Qué in-

grata era la vida para ella! Su pobre corazón era un peregrino perdido en la aridez de un desierto de desamor y amargura.

—¡Oh, Enrique, Enrique! Has clavado en mi pecho una flecha encendida, mis ojos están destinados a llorar eternamente por ti lágrimas de fuego. ¿Por qué, Señor, me habrás hecho tan desgraciada?

Realmente, la carrera de aquella muchacha estaba en el teatro.

III

Desde aquel día, Flora tuvo en la casa dos oficios: el de sirvienta y el de espía.

Cuando el señor Byron ensayaba con Lucía, andaba siempre rondando por las puertas y espiando por las cortinas. Lucía era una mujer de mundo y conocía secretos que ella ignoraba, manejando todas las armas de seducción con pericia incomparable.

Por eso Flora la imitaba en todo.

Pero no le bastaba con esto. Además de imitarla, le interesaba desbancarla, no podía ver que ante sus propios ojos aquella vampiresa le arrebatará al hombre que sin duda Dios le había destinado para esposo.

Una noche sonó insistentemente el timbre de la puerta. No estaba el mayordomo. Flora se hallaba en su cuarto vestida ya con pijama y sentada en el lecho, soñando despierta, soñando en lo que soñaba siempre, soñando en aquel hombre que se había cruzado en el camino de su vida.

El segundo timbrazo la hizo saltar. Pensó que era Enrique Byron, acompañado como de costumbre por Lucía. Era la hora de la salida de los teatros y, como siempre, tendrían un rato de flirt en el salón interno del palacete del gran autor.



Por eso Flora la imitaba en todo.

No dudó Flora en lanzarse escaleras abajo sin echarse nada encima por no perder tiempo y abrir la puerta al dueño de la casa.

El era, en efecto, acompañado de Lucía.

—Perdón, señor, si he tardado. Pero no me acordaba de que el mayordomo ha salido.

Hizo gracia a Enrique ver a Flora en pijama, un pijama de percal, pero confeccionado con cierto arte.

A Lucía, en cambio, le disgustó la presencia en aquel *déshabillé* de la graciosa doncellita.

—Los señores pueden mandar en cuanto deseen. Con mucho gusto substituiré al mayordomo esta noche.

—Trae unos refrescos.

Preparó Flora la mesilla de ruedas y penetró con ella en el salón en el preciso momento en que Lucía mostraba a Byron los retratos que se había hecho.

Eran unos retratos grandes, magníficos, hechos por un buen fotógrafo y un buen dibujante en colaboración. Lucía aparecía en ellos en todas las actitudes y en todos estaba deslumbrante. Había algunos en que la ropa contribuía a realizar su hermosura; había otros en que su hermosura se evidenciaba, gracias a la escasez de vestidos.

—Me han costado doscientos dólares, pero es un dinero bien empleado. El éxito de una actriz depende en gran parte de las fotografías que utiliza para la propaganda.

Flora aprovechó la ocasión para colocarse detrás de Lucía y contempló los retratos con más atención aún que Enrique Byron.

¡Qué hermosa estaba así Lucía! Una mujer que tuviera aquellos retratos no podría ser rechazada por ningún empresario ni por ningún autor.

Tomó en el acto la determinación de retratarse ella. ¿Pero se atrevería a ponerse ante el objetivo del fotógrafo del mismo modo que Lucía se había expuesto en alguno de sus retratos? Uno de ellos ofrecía a la admiración pública todos los encantos íntimos de la actriz. Un pal-

mo de tela en la cintura y otro palmo en el pecho constituían todo el vestido, quedaban al aire los hombros redondos, suaves, llenos y finos al mismo tiempo... Y las piernas perfectas, largas, fuertes y blanquísimas. La cintura se adivinaba flexible. No había en todo el cuerpo nada que rompiera aquella sublime armonía de curvas; no había una sola estridencia en aquella sinfonía de color y de formas. Y Lucía estaba con el rostro en alto, despejada la frente, peinado hacia atrás el dorado cabello de seda, altaiva y tentadora al mismo tiempo. Sus ojos rasgados se entreabrián tentadoramente. Sus labios se abrían con franqueza, mostrando la albura de sus dientes. Era una vampiresa, pero una vampiresa que además del arte de la seducción poseía el arte de la hermosura.

—Podría Flora luchar con aquella mujer incomparablemente fascinadora?

* * *

Volvió Lucía la cabeza y al ver que Flora la espiaaba tuvo un gesto de desagrado.

—Enrique, me parece que debías despedir a la muchacha. Debe de tener sueño.

Enrique, por complacerla, la despidió.

—Váyase, Flora, no la volveré a necesitar esta noche.

Flora obedeció, mejor dicho, aparentó obedecer. Salió al vestíbulo y sin moverse del primer escalón de la escalera golpeó el suelo con los pies ligeramente teniendo buen cuidado en ir amortiguando las pisadas para que los señores creyeran que estaba cada vez más lejos.

Después volvió de puntillas a la puerta, entre-

abrió cautelosamente las cortinas y se dedicó al espionaje en el que tanta práctica había adquirido.

Una cosa echó de ver en seguida, y fué que Enrique Byron desempeñaba en aquel amor una parte pasiva. Lucía le mimaba y le aturdía con sus caricias y él la dejaba hacer, con esa indiferencia del hombre acostumbrado a las aventuras de amor.

Este hecho llenó de alegría el corazón de la ambiciosa Flora, pero este goce desapareció bien pronto empujado por un acontecimiento que había de torturar el frágil y sensible corazón de la artista fracasada.

—Mañana—dijo Enrique—has de partir para Oakland, donde te incorporarás a la compañía que ensaya mi nuevo drama. De modo que debes marcharte en seguida, pues tendrás que levantarte temprano.

Lucía tuvo un mohín de disgusto. Todas las noches, por una causa o por otra había de marcharse precipitadamente, y la realización de ciertos planes que había concebido se dilataban de un modo desesperante.

Un relámpago, seguido de un formidable trueno, le dió en seguida motivo para no suspender el flirt.

—No puedo marcharme con esta tormenta que se ha desencadenado.

Comprobó Enrique, desde los cristales del balcón, que caía un verdadero diluvio y su respuesta fué hacer sonar el timbre.

Flora pegó brinco y corrió al primer escalón de la escalera. Allí volvió a golpear el suelo con

los pies de modo que las pisadas fueran en crecimiento y entró en tromba en el saloncillo.

—Mándeme el señor.

—La señorita Leroy dormirá esta noche en casa. Prepare usted el cuarto frontero.

A Flora le cayó el alma a los pies. Estuvo a punto de ofrecer a Lucía su paraguas, pero se dió cuenta de que no tenía más remedio que obedecer y procedió inmediatamente a preparar la habitación de Lucía.

Después avisó a los señores y fingió retirarse a su aposento.

Continuó en su papel de espía, en tanto en su cuarto, Lucía continuaba en el suyo de seductora.

Se había quitado el magnífico traje de noche y la combinación de seda.

La ropa más íntima, llena de encajes, sutilísima, un verdadero primor digno de quien lo llevaba, en vez de disimular los encantos de Lucía, los realzaba.

La actriz se miró al espejo, se vió hermosa, se creyó en condiciones de poner en práctica un proyecto rápidamente concebido.

Enrique se había despedido de ella fríamente y se había encerrado en su cuarto. Aquella situación era una estupidez, un absurdo un hombre joven en un lado, una mujer bella en otro. Era preciso remediar aquella insensatez cuanto antes.

Se arregló un poco el cabello y el carmín de los labios, extrajo un pitillo de su pitillera de oro y echándose sobre los hombros su magnífico abrigo de armiño, se fué decididamente a la habitación de Enrique y golpeó la puerta.

Abrió Enrique y ella demandó:

—¿Tienes algo con qué encender este cigarrillo?

Enrique volvió al interior de la habitación, en busca de lo que la actriz le pedía, y, al volver a su lado, vió que la puerta no estaba abierta sino cerrada y Lucía dentro de la habitación.

Sin que él nada le dijera, se sentó en la *chaise-longue* para encender el cigarrillo.

Por consiguiente, no era sólo fuego lo que Lucía había ido a buscar allí. Y si era fuego, era un fuego distinto al que frecuentemente usan los fumadores.

* * *

Flora, desde su cuarto, seguía espiando, pero el sueño la rendía y por más esfuerzos que hizo en permanecer despierta, quedó adormilada. La sobresaltó la llamada de la actriz en la puerta de la habitación de Enrique. Deslizóse suavemente hasta unas cortinas desde donde dominaba la entrada a la habitación de su amado, y vió como Lucía penetraba en ella, cerrando tras sí la puerta.

¡Desgraciada!

Ahora sí que perdía al hombre que adoraba y que Dios destinaba a ella. La actriz, con sus artes y sus encantos, acabaría por robárselo.

Se desesperó. Iba y venía por el pasillo como loca, sin saber qué hacer para apartar a Lucía de su amado.

Imitó con insistencia el maullido del gato en la puerta por donde la actriz desapareció. No le dió resultado. Seguían arrullándose dentro.

Cogiendo un enorme macetero, lo arrojó con

estrépito al suelo. Pero muy entusiasmados estarían en la estancia por cuanto tampoco se dieron por enterados.

—¡Se lo robaban, sí! ¡Se lo robaban!

Fuése a su cuarto desesperada y, asomándose a la ventana para compartir sus tristezas con las de la noche, vió un *police-man*.

Por primera vez en la vida, comprendió Flora que un policía puede servir para algo.

Corrió a medias la cortina de la ventana. Y, cogiéndose ella misma con una mano por el cuello de forma que sólo se viera desde la calle medio busto y su mano apretando la garganta, demandó:

—¡Socorro!... ¡Socorro!...

Esta vez dió el resultado apetecido.

El policía corrió hacia la casa y, dando terribles golpes en la puerta, lanzó furiosas voces, órdenes imperiosas que exigían le franquearan la entrada inmediatamente.

Al ruido ensordecedor de los golpes del policía, Lucía y Enrique se sobresaltaron.

Salieron precipitadamente de la estancia.

Enrique ordenó:

—Escóndete, Lucía. Sufriría tu reputación si te vieran en casa de un hombre soltero.

Lucía entró en su cuarto y Flora la siguió:

—¡Corra, señora! Salga por la puerta trasera.

Y, cogiendo el abrigo que en su precipitación dejara Lucía en el cuarto, se lo echó sobre los hombros, cubriendo las soberbias desnudeces de la actriz.

Flora condujo a su rival por la puerta falsa hasta la calle y, llamando a un taxi que acertó a pasar en aquel momento, la introdujo en él.

Respiró. Todo iba saliendo a la medida de sus deseos.

El agente, una vez penetró en la mansión del autor, y a pesar de las protestas de éste, comenzó a registrar la casa.



—¡Socorro!... ¡Socorro!...

—Le digo a usted que he visto como estrangulaban a una mujer. He oído su voz pidiendo socorro.

—Usted padece un error, señor agente. Aquí no hay más mujer que mi doncella.

Pero el policía seguía registrando las habitaciones. Entró en la que momentos antes ocupaba Lucía.

Enrique estaba aterrado, pero recobró la tran-



Y, cogiendo el abrigo, que en su precipitación dejara Lucía en el cuarto, se lo echó sobre los hombros.

quildad cuando vió que estaba vacía. Supuso que Lucía estaría oculta en cualquier rincón.

El agente, una vez hecho el registro, manifestó:

—El caso es peregrino... Se conoce que yo veo y oigo lo que no existe

—Ya le dije que estaba usted equivocado.

Una vez se hubo marchado el guardia, Enrique llamó a Lucía. Y como no obtenía contestación, preguntó por ella a Flora.

—La saqué por la puerta trasera y la envié a su casa en un taxi—repuso la doncella.

Con contrariedad manifiesta, Enrique replicó:

—Bien, está bien.

Y se retiró a descansar.

* * *

Al día siguiente estaba Flora haciendo la limpieza, cuando le trajeron un abultado sobre para ella.

Eran los retratos que se había hecho, como correspondía a una artista de sus méritos, pues aunque había fracasado estaba segura de poseerlos.

Se hallaba abstraída en la contemplación de los retratos, cuando la voz de Enrique la sacó de sus sueños. Ocultó las fotografías, llevándose las manos a la espalda.

—Llame a telégrafos y transmite este despacho.

Y le entregó un papel con el siguiente texto:

"Ernesto Boyle.

"Teatro Joya.

"Oakland, Nueva Jersey.

"Envío Lucía Leroy, mi nuevo hallazgo feliz para interpretar protagonista en "Cenizas de Pasión.

"Byron."

Flora se apresuró a cumplir la orden de su señorito y llamó a la central.

En aquel momento estaba Lucía en la agencia de ferrocarriles.

—Un billete para Oakland. ¿Me hace el favor?

—Hay lo menos una docena de Oaklands, señorita. ¿A cuál de ellos va usted?

La actriz quedó desconcertada. No sabía a cuál se tenía que dirigir. No sabía que hubiera varios Oakland.

Cogió el teléfono y llamó a casa de Byron para preguntar tan importante detalle.

En aquel momento Flora acababa de transmitir el telefonema que el autor le diera y, al colgar el auricular, oyó la nueva llamada. Volvió a descolgarlo. Preguntaban por el señor Byron.

—El Sr. Byron está en el baño. ¿Qué hay que decirle? —contestó.

Y después:

—¿Que a qué Oakland tiene usted que marchar? Bien; voy a dar el recado.

Al ir a consultar a su señorito, tuvo Flora una idea luminosa, e, inmediatamente, la puso en práctica.

Se puso nuevamente al teléfono.

—Dice el señor Byron que la señorita tiene que marchar a Oakland de California.

Y añadió, en respuesta a una nueva pregunta de Lucía:

—Sí, justamente, donde se crían las naranjas.

Y colgó el auricular.

A continuación, Flora se dirigió a su aposento para proseguir la interrumpida tarea de la admiración de sus propias fotografías.

Arregló después su equipaje, consistente en una única y exigua maleta y, con ésta y un ejemplar del drama de Enrique Byron, "Cenizas de Pasión", salió de la mansión de su adorado tormento.

Encaminóse a la estación.

—Un billete para Oakland, de Nueva Jersey.

Subió al tren. Este arrancó y comenzó su rauda carrera hacia la ciudad de los sueños de Flora.

IV

Flora, ya en Oakland, se dirigió al Teatro Joya. Entró en él. Antes de presentarse, observó el escenario.

Empezaban los ensayos del gran drama de Byron.

Meditó un momento. Sus fantasías se convertían en realidades.

Iba a demostrar sus grandes condiciones de artista. Llegaría a cumbres jamás escaladas ni por las más famosas actrices.

¡Pobre Sara Bernhardt! ¡Nadie se acordaría de ella!

Observaba el enorme patio de butacas, todas ellas con los brazos abiertos, como esperando impacientes el día de su debut, para juntarlos y sumarse al aplauso del público.

Al oír hablar al director, salió de su ensimismamiento y, dando como ocurrido todo lo que pensara momentos antes, se dirigió al escenario, plantificándose entre las artistas que ensayaban.

Quedaron todos parados y disimulando la risa

que les causaba Flora con su indumentaria y cargada con la maleta.

Por fin habló:

—He sido contratada por el señor Byron para... primera actriz de su drama.

—¡Ah!, ¿entonces usted es la joven que en un telegrama me anuncia el señor Byron? —dijo el director, conteniendo la risa.

—Sí, yo soy.

El director la presentó a los artistas:

—La joven es el “hallazgo feliz” del señor Byron.

El galán joven dijo aparte:

—¿Eso es un hallazgo? Pues parece una pérdida total.

Pero nadie se atrevió a rechazarla. Se guardarían muy mucho. Era la recomendada de Enrique Byron.

El ardor de Flora, pues, había dado el apetido resultado. Ya tenía un primer papel en una obra de un gran autor.

Por pronto que Lucía se diera cuenta de que no era en el Oakland de California, sino en el de Nueva Jersey donde iba a estrenarse la comedia, la cosa ya no tendría remedio.

Y Enrique Byron también llegaría tarde para despacharla, a buen seguro.

* * *

Lo primero que hizo Enrique al llegar al teatro, fué preguntar por Lucía.

—¿Qué tal, amigo mío? ¿Cómo va mi recomendada?

—Usted mismo la verá y juzgará —repuso el empresario.

Estaban en el patio de butacas. El telón se levantó en seguida.

No es para dicho el asombro que el gran comediógrafo experimentó al ver aparecer a Flora desempeñando el papel que había destinado a Lucía.

—Pero, ¿de dónde demonios ha sacado usted a esa muchacha? —exclamó.

—Eso le pregunto yo a usted, amigo Byron: ¿de dónde ha sacado a esa Lucía Leroy?

—¿Lucía Leroy? ¡Qué locura! De Lucía Leroy a esa muchacha hay tanto como del portero de este teatro a Benjamin Franklin. A usted y a mí nos han tomado el pelo.

Y, decidido, sin perder el tiempo en preámbulos, subió al escenario y dió a Flora un grito que estuvo a punto de hacerla dar un salto mortal.

—¿Qué diablos hace usted aquí?

—Por Dios, señor Byron —imploró la muchacha—. Déjeme mostrarle mis aptitudes dramáticas.

—Me sobra con lo que he visto ya. ¡Salga usted de aquí inmediatamente!

Flora comprendió que todo era inútil. Aquel hombre estaba ciego. No quería aprovechar la magnífica ocasión de explotar a la mejor actriz de los Estados Unidos.

Y, gimiendo dolorosamente, salió del escenario y del teatro.

* * *

Cuando Enrique subió al auto después de dar la dirección al chofer, quedó estupefacto al ver que en un rincón estaba sentada Flora.

Se la quedó mirando fijamente.

—Pero, ¿quiere usted decirme qué significa esto?

—No hago más que utilizar mi derecho a que se me vuelva a Nueva York.

—Usted sólo tiene derecho a una cosa: a la cárcel... con perdón del "Vivillo".

Y, tras una pausa:

—Diga usted: ¿qué ha sido de la señorita Leroy? Debe usted saberlo.

—La señorita Leroy está en Oakland.

—Imposible. En Oakland estamos usted y yo.

—Y ella también.

—Eso es absurdo.

—Es que ella está en Oakland de California y usted y yo en Oakland de Nueva Jersey.

—¿En Oakland de California?

—Sí, señor. En el Oakland de las naranjas y de los limones.

Y como si la palabra "limones" tuviera alguna relación con el llanto, Flora prorrumpió en sollozos.

—Haga el favor de callarse. No me gusta oír llorar con ese llanto de niña mimada.

—Muchas gracias.

—A mí no me hace ninguna. Estoy viendo que lo de enviar a la señorita Leroy a la tierra de las naranjas ha sido cosa de usted. ¿Verdad?

—Sí, señor—confesó Flora, gimoteando.

—Pero, ¿qué ganaba usted con eso, criatura?

Había resuelto recurrir a los buenos modos. Estaba convencido que, de otra forma, no sacaría de ella nada en limpio. Además, le iba conviendo aquél llanto de cuya sinceridad estaba cada vez más convencido.

—Dígame. ¿Qué ganaba usted con eso?

—La ocasión que nunca tuve de trabajar en el teatro, de pisar el primer escalón de la escalera de la fama... Yo acepté el puesto de doncella por necesidad, no por elección. Yo soy lo que llaman un "fracaso de Broadway".

Lanzó un profundo gemido.

—Y no es eso todo. Tenía que sucederme algo más. ¡Tenía que enamorarme!

La cosa hizo gracia a Byron.

—¿De veras? ¿Y quién ha sido el afortunado mortal?

—Un hombre de tal representación, de tal altura en las esferas teatrales, que nunca podrá descender hasta mí... Por eso quería yo triunfar: para elevarme hasta su nivel. Pero este sueño fué como todos los míos: una pompa de jabón que se deshace en el espacio.

Y lloró, lloró angustiosamente, largamente.

V

Aun había de suceder algo extraordinario en el interior del automóvil.

Enrique, sinceramente compadecido, tendió la mano y acarició la de la muchacha.

—No llore usted. Quiero olvidar sus travesuras.

—¿De veras me perdoná usted?

Había levantado sus grandes y tristes ojos. Enrique los miró fijamente.

—De veras. ¿Cómo no perdonar a una muchachita tan linda como usted?

Y después de un examen completo de toda aquella personita en la que hasta entonces no

había reparado a pesar de tenerla en casa, añadió:

—Tal vez encuentre un papelito para usted.

—¿De veras?—exclamó Flora radiante de alegría.

—De veras. En casa lo arreglaremos mientras tomamos un bocadillo.

* * *

El mayordomo quedó asombrado al ver que Flora descendía del auto delante del señor Byron.

¡Y qué elegante iba!

Y aun fué mayor su asombro al ver que su amo la hacía pasar al saloncito de las conquistas, pedía unos refrescos y le decía:

—Retírese, ya no volveré a necesitarle esta noche.

Cuando quedaron solos, Byron declaró:

—Me parece que voy a hacer de usted una actriz.

—¡Oh!

Flora estaba aturdida. ¡No podía ser verdad tanta belleza!

—Ahora, dígame — siguió Enrique, Byron—, ¿quién es el afortunado mortal que ha conseguido conmover su corazón?

La respuesta fué una mirada que parecía una entrega.

Byron no tuvo más que tender los brazos, estrechar aquel cuerpo frágil de muñeca y buscarse los labios.

Fué un beso interminable, infinito... Jamás había dado Byron un beso semejante. ¿Por qué aquel beso era diferente a los demás?

* * *

La catástrofe vino después.

Byron tuvo la ocurrencia de llamar al mayordomo y decirle que preparara la habitación frontera a la suya para Flora, y Flora se revolvió indignada, en un gesto que desconcertó a Byron por lo inesperado.

—¿Quién le autoriza a usted a creerme capaz de dormir en la habitación frontera a la suya? ¿Cree usted que soy una de tantas?... ¡Es usted un miserable, señor Byron!

Y salió de la habitación y de la casa.

* * *

Grande fué el asombro de Byron. Era la primera vez que una mujer le llamaba miserable por hacerla semejante proposición. Era la primera vez que una mujer no accedía a sus deseos con tal de llegar a ser una estrella de las tablas.

Cuando llegó a su cuarto recibió una nueva sorpresa.

Todo el aposento estaba lleno de retratos, los retratos que Flora se había hecho como correspondía a una gran actriz.

Sin duda para que el autor se diera cuenta de sus posibilidades artísticas en el gesto y en la actitud, se había retratado en cien posturas diversas y había esparcido los retratos sobre los muebles.

Uno a uno, los fué examinando Byron y en

todos encontró aquel algo que la distinguía de las demás.

Estuvo un gran rato contemplando las fotografías y meditando.

Al fin tomó una resolución que hacía algunos años deseaba tomar.

Llamó al mayordomo y le preguntó dónde podría encontrarse la muchacha.

—Yo sé las señas de la casa de huéspedes donde estaba antes de venir aquí.

Y se las dió.

Byron se fué hacia la casa de huéspedes. Se alegró al saber que Flora estaba allí.

—Dígale que un señor desea hablar con ella.

—Dudo que le atienda, señor. La señorita Flora ha recibido sin duda algún gran disgusto y se ha presentado aquí a media noche llorando. Ha sido una casualidad que su antigua habitación estuviera vacía. Flora dormirá o llorará. Dudo que le reciba.

—Es preciso que la vea, señora... ¡Es imprescindible!

Entonces la patrona hizo todo cuanto podía hacer. Lo condujo a la habitación de Flora, empujó la puerta y dijo al visitante:

—Ahí la tiene usted.

Flora, que lloraba sobre la cama, se puso en pie sobresaltada.

—¿Qué hace usted aquí?

Byron la miraba gravemente.

—Flora—dijo—. Hace muchos años que busco una mujer que no sea capaz de dejarse amar a cambio de mi protección en el teatro, hace muchos años que busco a la mujer capaz de sobreponer su honor a sus más caras ilusiones. Esa

mujer, Flora, ha sido usted. Por eso le pregunto: ¿Quiere casarse conmigo?

¿Necesitará el lector que le digamos lo que contestó Flora?



... Flora se dejó abrazar y acariciar como una niña...

No. Le bastará con saber que Flora se dejó abrazar y acariciar como una niña y besar como una mujer, correspondiendo ella como era propio de un corazón tan sensible y apasionado como el suyo.

F I N

En breve:

La
Novela
EVA

(Publicación se-
manal
de novelas
modernas)

?

Éxito sin precedentes en las
selectas Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinemato-
gráfica de

La copla andaluza

y

Los cosacos

por JOHN GILBERT

Precio: 1 peseta

¡Siempre lo mejor!

En preparación:

ICAROS

por Ramón Novarro

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

175
De interés para todos, especialmente para los padres

Ediciones BISTAGNE

ha puesto a la venta una
nueva publicación sema-
nal dedicada a los niños, pero
que los propios padres leerán
con deleite, cuyo título es:

EL CUENTO SELECTO

Su precio es de 15 céntimos
y todos los asuntos que se pu-
bliquen tendrán un alto valor
educativo.

Inmejorable presentación

¡El mejor cuento del hogar!

¡15 céntimos!